

EL NOTICIERO DE MULA

SEMANARIO DE INTERESES AGRÍCOLAS, LITERATURA, NOTICIAS Y ANUNCIOS.

Año III. 7 de Junio de 1891 Núm. 113

SUSCRIPCION.

En Mula, 50 ctmos. al mes.—Fuera, 2 pesetas trimestre.—Pago anticipado.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

OLMEDO, 4.

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion de este periódico.—La correspondencia al director.

EL NOTICIERO DE MULA

¡Misericordia feudal!

(A MI ENTRAÑABLE HERMANO MARIANO).

¡Horrible tempestad había comenzado á fraguarse! El mar, revuelto como titán de las tinieblas, se agitaba en sus senos en gigantescas montañas, estrellándose con horrono fragor en la quebrada roca de la playa.

¡Noche horrible! Desatado el huracán por el espacio azotaba las abruptas eminencias de la costa; nada en torno se oía, más que el aterrador rugido de los elementos, desencadenados en imponente pelea; su ruido era la voz cavernosa, emanada de sus ocultos antros, precursora de la catástrofe; los crepones cardenales de la tempestad, semejaban el sitio donde se agita airada la muerte.

El averno comparado con una tempestad descuyándose en los mares, resultaría una perspectiva deliciosa. Triste noche para el nauta que se agita á merced de los huracanes y de las olas!

A la luz del rojizo relámpago que, como reptil de fuego, fulguraba en las tinieblas, se percibía arrastrado por las olas un buque mercante. Débil arista al furor de los elementos, se revolvía con sañuda cólera contra aquel huracán que le empujaba á su ruina; de pronto se hundía entre las cúspides de agua que levantaba el piélago, y, perdido en las tinieblas, al resplandor de un nuevo relámpago, volvía á flotar en la superficie, como cuerpo que lucha con una agonía desesperada. Se acercaba á la costa como buscando bienhechor abrigo en tierra firme, y, cuando pensaba la tripulación anclar la nave, otra vez el violento oleaje la alejaba con salvaje ímpetu á la titánica pelea. La derrota era inminente: ¡quién lucha contra los elementos desencadenados en irascible cólera!

Después de un prolongado rato de esforzado batallar, parecía que el mar se había sumido en una postración serena; la calma parecía haber sucedido á la tempestad. ¡Era como la calma que sucede al moribundo, precursora de su última agonía!...

De pronto la salvaje armonía de la tempestad anuncia la nueva lucha emprendida. ¡Era la postrera pelea que reñía la vida con la muerte!

Tras rudo batallar, á las violentas sacudidas de aquel oleaje desbordado, choca el buque con estridente alarido contra la roca de la playa. ¡La mar desencadenada había hecho astillas el buque! ¡El monstruo titán del piélago había hecho ya su presa!

—Todavía después de algunos momentos, el mar seguía lanzando sus lastimeros rugidos... ¡Era la siniestra armonía funeral del aye y del quejido que lanza el campo de batalla después de encarnizada pelea!

Los fragmentos del buque oscilaban con triste desconcerto á merced de los huracanes; chocaban en la orilla, como huyendo del feroz enemigo que los acosaba; pero de pronto el rudo oleaje los atraía, como valido de secreto imán, para tragarlos en sus voraces senos.

La tripulación luchaba entre los pedazos del buque para salvarse; pero aquellas astillas que habían logrado ir flotando cerca de la orilla, como en demanda de auxilio, comenzaban á hundirse, y todos iban á perecer!... ¡Desolador cuadro el de la agonía!

De pronto una tremenda oleada, con medroso rugir, arrebató aquellos agonizantes naufragos! ¡El monstruo marino, en su última colada de ira, había barrido aquellos infelices!

Aquella oleada había sido su último arranque de coraje. El inmenso piélago había caído en una postración horrenda; al periodo de exaltación febril había sucedido el de una calma soñolienta: el mar había quedado tranquilo, y la tempestad se iba alejando de nuestra playa, como rapaz inmenso que, después de la lucha sostenida con su víctima, se aleja á otros parajes en busca de presas que devorar.

Alguna blanca gaviota rozaba sus alas sobre la orilla, llena de medroso pánico, marchando al solitario peñón donde se oculta su nido. La noche ya había tendido su enlutado crepón, y sólo confusamente se vislumbraba por el cielo alguna blanca estrella. El huracán había cesado, gimiente á lo lejos, por los breñales de la montaña, una brisa polar.

¡Cruda noche para el infeliz que duerme entumecido por el frío en el hediondo tugurio de la miseria!

De los escarpados peñones de la costa, confundido entre las sombras, se veía un bulto informe agitarse. Como cuerpo en lucha con la muerte, apenas intentaba erguirse, caía al suelo sin aliento; lograba tras rudos esfuerzos ponerse en pie y, al dar unos pasos, caía nuevamente desplomado en tierra; á veces se movía, como arrastrándose por el suelo, pero con nuevos alientos quizás, lograba alzarse y, al ganar algunos palmos de distancia, caía rendido por la fatiga. ¡Quizás buscaba algún auxilio en aquellas tenebrosas soledades, huyendo de aquellas angosturas!

Pero era inútil: su aliento cedía á los primeros pasos, y caía al suelo como herido por fuerza irresistible! ¡Lucha horrible la que

sostiene el individuo consigo mismo en momentos tan fatales!

Aquel sér humano, sólo, buscaba un asilo donde guarecerse y se retorció en la agonía de su impotencia; el frío, entumeciendo su cuerpo, lo iba haciendo ya su presa. ¡Horrible batalla era la que libraba por defender su vida!

Aquel bulto informe que entre las sombras se agitaba con desesperados esfuerzos, sin poder salir de aquellas rocas, solitaria cárcel de su infortunio, era una desgraciada mujer que había sido lanzada por las olas á las angosturas de la costa. Era quizás el único naufrago que había logrado salvarse del siniestro!

Entre sus brazos aprisionaba un niño, que apenas alentaba por el frío, queriéndole prestar su calor y su abrigo; ella que se agitaba sin aliento, aterrorizada por la crudeza de la noche. Por ella quizás no sostuviera aquella lucha tan esforzada con la muerte; ¡Loables sacrificios los que el amor inspira!

Por fin hace un supremo esfuerzo y se pone en pie; á pasos inseguros logra dominar aquellas angosturas, y salir al llano; vislumbraba no muy lejos las luces de un castillo que se erguía en el pináculo de una sierra vecina. Aquellas luces proyectaban en su cerebro un ínis de esperanza. Estaba á un lejos, pero fiaba en sus redoblados esfuerzos para llegar hasta él.

Frecuentemente se paraba dominada por la angustia y por el frío.

¡Ella que había logrado salvar á su hijo del furor de las olas, quizás no pudiera librarle del frío de aquella noche!

Este triste pensamiento á veces asaltaba su cerebro, y, entonces, desfallecía dominada por la congoja, rodando por su sombría tez copiosas y ardientes lágrimas.

Pero, en tanto, la distancia disminuía, y ya encontraba próxima al castillo que divisó desde la costa.

De sus tristes meditaciones sacaron la los suaves arpegios de un laúd que vagaban en las cláusulas de aquella brisa polar. Era los perdidos acordes de los instrumentos que amenizaban el festín del señor del castillo.

Estos acentos no dejaron de llamarle la atención. Sus acelerados pasos la habían llevado al pie de la sierra en cuya cumbre se erguía aquel palacio; pero su pecho era invadido por el frío y sus fuerzas ya no perdían más. ¡Cómo subió!

Dejar perecer de frío, ya tan próxima al castillo, á aquel sér inocente? Nunca! El corazón de una madre jamás se aviene á tales fallos. ¡Primero morir!

Entonces entalló aquella desgraciada mujer otra nueva lucha consigo misma. Su pié que entre mil esfuerzos lograba avanzar algunos pasos, bien pronto retrocedía desfallecida por la angustia; volvía á levantarse.